

Discurso

de Nicolás García Samudio

*Para recibir a Emilio Robledo en la Academia
Colombiana de Historia*

Señor presidente de la academia; señor doctor Robledo, señores académicos, señoras y señores:

En la genealogía de las sillas de número de esta corporación muy pocas ostentan tan brillantes nombres, ni evocan tantas glorias literarias, ni recuerdan tantos acontecimientos políticos como la que se llena en la ceremonia de hoy: Marco Fidel Suárez, Miguel Abadía Méndez, Emilio Robledo, tres representativos de la índole civil y letrada de la nación; semejantes por su actitud en el desempeño de las más elevadas responsabilidades al servicio de la república y hermanados por espiritual solidaridad al remontarse hacia los dominios de la ciencia, atraídos por ideales comunes en vuelo por las altas cimas del pensamiento.

Como conductores políticos y gobernantes, el señor Suárez y el doctor Abadía fueron prestigiosos exponentes de los estadistas doctos en humanidades que ganaron para nuestro país desde un principio el dictado de intelectual, porque a diferencia de otras naciones hermanas ha llevado al poder no sólo grandes militares y políticos, sino también literatos, latinistas y gramáticos de merecida fama.

Como resultado de la tradición colonial, apenas alterada por la guerra de independencia, predominaron

siempre en nuestro gobierno y en el parlamento los más destacados intelectuales granadinos. Hace precisamente un siglo cuando llegaron a nuestra sociedad los ejemplos, los estilos y los gustos del romanticismo junto con los ecos de la revolución cuyo centenario se está conmemorando en Europa, se oían los acentos sublimes de dolor y de protesta, olorosos a pólvora, como dijo Menéndez y Pelayo, de aquel gran político, militar y poeta que, según la frase maestra de don Antonio Gómez Restrepo, "Para vencerlo fue preciso asesinarlo": don Julio Arboleda. En las luchas que siguieron a su época, se destacó, el primero, Rafael Núñez, cuyo contraste por el escepticismo de su poesía y la realidad y éxito de su obra política, tanto desconcertó a don Juan Valera, y que constituye uno de los rasgos más interesantes del jefe de la Regeneración. Largo sería recordar los nombres de eminentes políticos del último cuarto del siglo pasado que después de candentes debates en los congresos o en el gobierno, concurrían por la tarde, a la hora de la cena santafereña, a las tertulias de El Mosaico o a la academia colombiana. Continuadores de esta labor fueron luego, para recordar al azar unos pocos nombres de políticos y autores al mismo tiempo de diccionarios ortográficos, gramáticas, geografías e historias, Santiago y Felipe Pérez, César Conto, Rafael Uribe Uribe, Carlos Martínez Silva, Jorge Roa, José Manuel Marroquín.

Tanto del señor Suárez como del doctor Abadía podría decirse lo que el citado don Antonio Gómez Restrepo dijo del señor Caro: "Su condición de humanistas, hombres de Estado, les habrían alcanzado laureles dignos de su frente en un país de tradiciones clásicas donde sean espectáculo normal un Macaulay, insigne orador político y autor de los "Cantos de la Antigua Roma" y un Gladstone, jefe de partido, comentador de Homero y traductor de Horacio". Con motivo del centenario del señor Caro en 1943 se publicaron también en volumen

sus "Escritos sobre cuestiones económicas", materia que llegó a dominar de modo sorprendente y cuyas ideas se consideran aún de actualidad, pues sostuvo con la lógica que le era peculiar la reacción contra el individualismo exagerado, la defensa de la potestad del Estado y el concepto del interés público en todo cuanto se refieren al régimen económico y monetario de un país.

Observa con acierto el escritor inglés A. L. Rowse a propósito de la labor de Churchill al frente del gobierno en la última guerra germánica, que los hombres de sólida preparación científica, que conocen a fondo la historia nacional y extranjera, que rinden fervoroso culto a los fundamentos de la nacionalidad, como la lengua, las tradiciones, las creencias, gobiernan con mayor sentido de la responsabilidad, con más fe en las propias actuaciones y que los pueblos gobernados por esos hombres se sienten más confiados, más seguros de sus destinos y más fines para obedecer la voz de sus conductores, y concluye observando que Churchill "es un hombre para quien la historia inglesa ha sido a la vez inspiración y voz del deber". Como debe recordarse, este gran estadista es autor entre otras obras, de una historia en cuatro volúmenes sobre "Marlborough, su vida y su tiempo" estimada como clásica en la moderna producción histórica de la Gran Bretaña.

El renombre de nuestro país en el exterior como tierra de intelectuales no se ha borrado aún del todo, como lo comprueban el comentario publicado el 15 de mayo último en el suplemento literario del "Times" de Londres sobre el libro de nuestro colega don Germán Arciniegas traducido al inglés: "Caribbean Sea of the new world" y en el cual al referirse el comentarista al alto grado de imaginación política combinada por el autor con una vasta erudición y escrupulosidad de los hechos, género de historia a que no están acostumbrados allí, se pregunta: "Y no son luego poetas todos los colombianos?"

El discurso que acabáis de aplaudir me exoneraría de detenerme a hablar sobre el doctor Abadía, pero excepcionales circunstancias y sentimientos me proporcionan la complacencia y el deber de no dejar pasar esta solemne ocasión sin ratificar lo dicho por el doctor Robledo, con tanta autoridad, sobre la actitud del doctor Abadía en 1930, y de recordar la virtud que más admiré siempre en él. Si el doctor Robledo fue testigo como presidente del congreso en 1929 de la rígida imparcialidad del doctor Abadía ante la división del partido de gobierno y el triunfo del doctor Olaya Herrera, yo tuve oportunidad de apreciar esas mismas ocurrencias como gobernador de Boyacá, cargo a que me llamó desde 1926 y que acepté más que todo por no faltar a la obediencia a que estábamos acostumbrados con el doctor Abadía todos sus discípulos.

Desde un principio el doctor Abadía se había formado el firme propósito de no intervenir en la designación del sucesor, cualquiera que fuera el curso y resultado de la política y nada, ni aun en los más críticos y decisivos momentos de aquel angustioso debate, los hizo cambiar de actitud. El embravecido mar de las pasiones, de las incomprensiones y de la inconformidad ante la lógica fatalidad del resultado se iban a estrellar contra esa roca de entereza, de decisión y de paciencia que encarnaba el presidente de la república, víctima de atentados, de ultrajes y de amenazas. Yo pude apreciar aquellos incidentes, y me excusáis este recuerdo personal, por la importancia atribuída para el resultado final a la votación del denso electorado boyacense, que proporcionaba incesantes intraquilidades, angustias y ataques apenas aliviados con llegar hasta donde el doctor Abadía a oír de sus labios otra lección de derecho y recibir el estímulo reconfortante de sus consejos, de sus normas y de su ejemplo.

Se refiere que William Pitt, el ministro inglés, schollar y parlamentario casi desde niño y a quien co-

rrespondió en los diez y nueve años de su gobierno la época de la revolución francesa y del imperio napoleónico; hombre frío, adusto, inflexible y sarcástico; “reverenciado pero no querido por su pueblo”, como anota su biógrafo Clinton—Baddy y cuyas ideas y actuaciones se consideran en la historia política y social como un puente entre la Europa del siglo XVIII y la del XIX, interrogado sobre las condiciones necesarias para un buen ministro, contestó que “la cualidad esencial de un gobernante es la paciencia”. Tal fue sin duda la dote predominante en el doctor Abadía por su conocimiento de los hombres, por la experiencia administrativa y por la precisión que tenía sobre la solución de los conflictos políticos a que sabía enfrentarse no con la paciencia según el concepto ordinario de esta cualidad, sino con aquella virtud que el mismo señor Suárez elogió en uno de sus ensayos clásicos, donde también cita a Pitt, o sea “La voluntad del hombre que se tiene firme contra la fortuna y contra sus adversarios, sin aflojar ni abatirse doblando la cabeza para que pase el turbón e irguiéndola luego para seguir ascendiendo hacia el fin que se propone”. “De muy contados es ascender al monte desde el cual se ve brillar la estrella consoladora de la conformidad con la voluntad divina y desde donde se escucha, muy lejano, el ruido de las tempestades del corazón. Por eso se ha dicho, agrega el señor Suárez, que el genio es una larga paciencia, y que la duración de esa virtud no es la momentánea de la ira o del desmayo, sino la persistencia indefinida que confina con las edades inmortales en que se cumple lentamente la justicia del Señor, de quien se ha dicho que es paciente porque es eterno”.

Bien podría aplicarse al señor Suárez y al doctor Abadía lo que dijo Menéndez y Pelayo de Rodríguez Marín al recibir a este ilustre cervantista, en 1907 en la academia española, que petenecieron “a aquella misma familia de espíritus que el Renacimiento español edu-

có a sus pechos, nutriéndolos de savia clásica y cristiana, haciéndolos invulnerables a los golpes de la adversa fortuna que ellos sabían contrastar a un tiempo con la resignación del creyente, con la gravedad de los apotegmas filosóficos y con el donaire y la sana alegría que puede convertir en encantado palacio de la imaginación hasta las mazmorras del cautiverio y el infecto recinto de una cárcel”.

El doctor Abadía abroquelado con la virtud de esa paciencia y sostenido por la fuerza de ese espíritu, presidió una administración eficiente y afrontó sin vacilar la tempestad de 1930, sin mancillar las tradiciones legalistas del país ni de su colectividad política y sin ser desleal sino antes bien consecuente y lógico con las lecciones que nos dictó en las aulas de este mismo edificio, y bajó del poder con la constitución en la mano, firme y sereno para penetrar en los dominios de la historia, donde lo espera la lápida que el congreso ha ordenado grabar en el pedestal del monumento que ha de levantarse a su memoria inmaculada con la leyenda redactada por el honorable senador doctor Robledo: “Dió la más noble y severa lección de democracia, resignando el poder en manos de su adversario político”.

Pocas veces ha sido, pues, tan acertada la academia como en la elección para ocupar la silla de número que honraron Suárez y Abadía al designar como su sucesor al doctor Emilio Robledo, en quien se aúnan también de modo singular las dotes de historiador, científico y filólogo con las de estadista, parlamentario y político. Nacido en Salamina, y descendiente de ilustres familias fundadoras de esa sociedad; educado y graduado en la Universidad de Medellín, completó sus estudios de medicina en París ganando merecidos elogios de asociaciones científicas y de notables profesores.

Consagrado luego al ejercicio de su profesión, ha sido llamado al desempeño de elevados cargos públicos en los cuales ha descollado por su ilustración, su desvelo

por los intereses a él confiados y su ecuanimidad, pulcritud y firmeza en las cuestiones públicas. Es, pues, también un digno ejemplar del humanista y político que halla en la cultura clásica los modelos eternos de la belleza, del orden y de la claridad y que le proporcionan la experiencia para conocer a los hombres, juzgar de las situaciones, mantener vivo el sentido de la responsabilidad para el porvenir y cultivar los más altos ideales en servicio de la patria.

Considerada en conjunto la personalidad y la obra del doctor Robledo, se destacan en ella las proporciones y los perfiles de un hombre verdaderamente nacional que ha honrado con sus producciones más allá de los linderos patrios el nombre de la nación, pero al mismo tiempo consagrado de modo continuo y ejemplar al servicio de los más nobles intereses de Antioquia y Caldas, sirviendo, por una parte, a esos departamentos como gobernador y a la juventud como rector de la universidad, y representando a aquellas secciones en asambleas y congresos, y por otra penetrando en el alma de su pueblo con devoción y con afecto para investigar su pasado, recordar sus glorias, analizar sus condiciones étnicas y geográficas, extraer del habla popular el significado de refranes, giros y palabras para explicar sus modismos regionales y contribuir a la riqueza general del idioma, describir la riqueza de sus regiones naturales y exaltar el ejemplo de su laboriosidad y rectitud. Ha recogido así y lleva muy en alto el doctor Robledo la brillante tradición que dejaron Zea y los Restrepos, los Berrío, Andrés Posada Arango, Manuel Uribe Angel, Emiliano Isaza, José Vicente, Francisco Antonio y Joaquín A. Uribe, Emiro Kastos, Juan B. Montoya y Flórez, Luis Eduardo Villegas, Francisco de P. Rendón, Tomás Carrasquilla, Eduardo Zuleta, Tulio Ospina, Alfonso Robledo, Alvaro Restrepo Euse, Antonio José Restrepo. . . . para no nombrar sino a unos pocos de los ya desaparecidos y que se reconocen como

valores fundamentales en la estructura intelectual colombiana.

Como médico y naturalista el doctor Robledo es autor de libros sobre "Las aguas termales de Caldas", "Historia de la medicina en los departamentos de Antioquia y Caldas", "Geografía médica de Caldas", "Lecciones de botánica médica", "Hibridación de las plantas", obra del sabio austriaco Mendel traducida del inglés por el doctor Robledo y referente al moderno estudio de las leyes de la herencia. Además, es autor de interesantes monografías sobre "Los naturalistas antioqueños" y sobre el tema de si existe en Colombia una degeneración colectiva para replicar la tesis del notable médico y escritor doctor Miguel Jiménez López sobre la degeneración de la raza.

Prologó también el doctor Robledo el Tomo consagrado en la colección Samper Ortega a los "Cuadros de la naturaleza" por Joaquín Antonio Uribe, oriundo de Sonsón, quien se reveló "como verdadero amante de la naturaleza, según Emerson, citado allí por el doctor Robledo, porque sus sentidos internos y exteriores se correspondían entre sí y porque ha conservado el espíritu de la infancia en la edad madura y en quien la comunicación con los cielos y la tierra formó parte de su diario sustento". Analizó Uribe en sus deliciosos capítulos el paisaje de los Andes, la sensibilidad de las plantas, la república de un árbol, las hojas, los faquires de la nieve, el agua, el fuego, el aire. . . . todo cuanto le inspiró la belleza del mundo externo, las fuerzas naturales y principalmente la formación del territorio de Antioquia, "antes ameno y surcado de arroyos de sereno curso", dice, pero que por terribles cataclismos ocurridos hace millares de años y por voluntad de Plutón "se arrugó como el cobertor de un titán que se levanta de su lecho", formó los cerros y los valles, precipitó las corrientes del Guadalupe, el Sonsón y el Aures (inseparable en la memoria por las estrofas delicadas de

Gutiérrez González), agrietó las rocas y llenó de oro las montañas. . . . “esas montañas, como dice Uribe, que son hoy asilo de un pueblo que labora intrépido a pesar de las inclemencias atmosféricas y de la esterilidad de casi toda la comarca; que arranca a los filones de su duro suelo el oro fortalecedor; que derriba las selvas y construye aldeas y ciudades” con la fe y la energía que implantaron los vascos. “Pero más que en las entrañas de los montes plutónicos, para seguir el bello párrafo de Uribe y traer a la memoria del Dr. Robledo en esta sesión a él consagrada una estampa de su lejana tierra, el oro está en el carácter altivo y emprendedor de sus hombres, en la virtud y belleza de las mujeres; en el valor consciente e interesado de los ciudadanos, en el amor al trabajo que induce a los montañeses a llenar los valles y los montes de cortijos donde se enseorea la esperanza de mejores días. Y sino, ved cómo sube al cielo el humo de los hogares rústicos donde trabajan los hombres, sonríen las mujeres y juegan los niños. El alma de Antioquia es el hogar, caliente de efectos y perfumado con aromas de montaña: un jardincillo fresco y limpio rodea todas las casas y las engalana en la parte fronteriza; allí hay rosas, azuleas, azucenas, claveles y todos los representantes de esa flora doméstica que alegra el ánimo y es antídoto de las pasiones vulgares o malsanas. En una casita de la montaña es desconocida la tristeza, gritan la alegría y el amor a la vida, doman y labran el terreno los hombres, oran y trabajan las mujeres, aman y cantan las muchachas. Cuando veo esas cabañas campesinas como suspendidas de las rocas o enclavadas en las cornizas de las faldas, concluye Uribe, y recuerdo que allí reina la felicidad, el orden y el trabajo, no puedo menos de bendecir este gran pueblo y de gloriarme de ser antioqueño”.

Siguiendo la huella de clásicos españoles y americanos, el doctor Robledo ha laborado con gran éxito por los campos del idioma, como lo prueban estudios como

“El refranero antioqueño”, en el cual, después de indagar el origen de los refranes y proverbios desde las obras de los maestros griegos, analiza las páginas de los novelistas, poetas, compiladores de cuentos y cantares “Cachos y Dichos” para explicar la raíz y el hondo significado de esas frases y para explicar la formación del alma de Antioquia, aposentándose, dice en la lectura de narradores como Tomás Carrasquilla, “recto en el pensar y sabroso en el decir”, y en cuyas páginas “se mueven paisas de carne y hueso, encarnación de la índole y tendencias de todos los tipos de nuestra sociedad”.

“Un millar de papeletas lexicográficas” relativas a Antioquia y Caldas es otro trabajo del doctor Robledo en el que, en forma de diccionario, analiza aquella cantidad de giros, frases usuales y adagios de Antioquia que justifican el concepto del señor Suárez de que “no hay osadía en calificar de bastante castiza en general el habla de Antioquia, porque en Colombia y tal vez en otras naciones de América española sobresalen el lenguaje antioqueño por su genio figurado, fecundo en exageraciones y símiles expresivos y graciosos e indicio al mismo tiempo de los orígenes de la población en las provincias vascongadas de España.’

Don Antonio José Restrepo con su volumen sobre “El cancionero antioqueño” y el doctor Robledo con sus citados estudios sobre el habla popular, lo mismo que otros literatos gramáticos de aquella región estudiados por don Alfonso Mora Naranjo, meritorio bibliotecario de la universidad en su reciente monografía sobre “El Castellano en Antioquia”, han contribuído en forma muy valiosa y meritoria al desarrollo de la lengua porque como dijo don Marcelino Menéndez y Pelayo en su estudio sobre el refranero español de Rodríguez Marín, “El lenguaje popular y rústico, el vocabulario especial de cada labor y de cada industria es sin duda una de las fuentes más caudalosas y salubres en que puede vigorizarse y rejuvenecerse la lengua li-

teraria, pero la adaptación de ese vocabulario y por decirlo así, su compenetración con el idioma culto, requiere singular talento y gusto muy ejercitado”.

En la historia nacional el doctor Robledo ha demostrado dotes singulares como laborioso y sincero investigador y como fiel intérprete de las tradiciones y glorias de la patria, ya en las labores de la academia antioqueña, de la cual es digno presidente, ya colaborando de modo continuo a las de esta corporación que hoy lo recibe con justísima complacencia como a uno de sus numerarios.

Muchos de sus trabajos científicos ya citados son también de historia y ha escrito además sobre “Factores biológicos americanos”; ha publicado y comentado la correspondencia de varios próceres de la independencia como el general Pedro Alcántara Herrán, y su “Historia de la Universidad de Antioquia” es de gran significado en los anales de la cultura patria.

La figura ética y legendaria del muy noble capitán don Jorge Robledo, fundador y mariscal de Antioquia, Anserma y Cartago, ha sido la máxima inspiración y tarea del doctor Robledo. A su biografía prestó singular empeño por archivos nacionales y españoles hasta completar el valioso volumen que dedicó a la venerada memoria de su padre don Pedro María Robledo de la Calle y que esta academia publicó en la “Biblioteca de historia nacional”. Si muchas otras tareas no lo abonaron como erudito y laborioso historiador, aquel solo volumen le merecería con toda justicia ese dictado. Desde el estado político social de España en el siglo de los descubrimientos y luego bajo el imperio de Carlos V y Felipe II; las campañas por Italia seguidas de la pasmosa empresa de las conquistas al lado de Pizarro y de Benaicázar, las fundaciones de Antioquia, viaje a España y regreso con nobles títulos y prerrogativas, analiza el doctor Robledo la vida del infortunado Mariscal hasta los dolorosos momentos de la Loma de Pozo,

cerca de Salamina; el 5 de octubre de 1546, día que Benalcázar señaló como uno de los más negros y lamentables en la historia de las luchas entre los propios españoles por la conquista y dominación en nuestra tierra. Como muy bien lo dice en el prólogo de esa obra nuestro colega don Enrique Otero D'Acosta, el doctor Robledo supo en ese libro "fundir con mano firme y sabia el bronce espiritual del eximio fundador de Antioquia" y cumplir al propio tiempo una noble misión "con la patria y con la estirpe".

Tan relevantes méritos han merecido al doctor Robledo numerosas y justas demostraciones de reconocimiento y aprecio así en el país como en el exterior, contándose su nombre como miembro de nuestras academias de la lengua y de ciencias físicas y naturales, así como de la geográfica del Perú, la de ciencias naturales del Ecuador, la de Historia de la medicina y del Instituto filológico de Buenos Aires y otros que sería largo enumerar.

La patente desproporción entre el nuevo académico y quien ha tenido el alto honor de recibirlo, recuerda, como se dijo en ocasión semejante, la sorpresa que hubiere causado en los tiempos gloriosos de la cruzada el que un simple soldado, con el escudo en blanco y sin más experiencia que algún simulacro de armas en el patio del castillo, fuere encomendado para armar caballero y entregar los símbolos de la victoria a un gallardo y afamado paladín que ostentara ya en su blasón cuarteles bien ganados en bravas y legendarias campañas. La academia os recibe, doctor Robledo, con excepcional complacencia y os considera en su seno como efectivo testimonio de tradición y de competencia.

Bogotá, febrero 10 de 1949

Señor

Presidente del Centro de Historia
Medellín.

Estimado señor:

El Ministerio de Agricultura y Ganadería en el deseo de exaltar la importancia y mérito del árbol, ha resuelto publicar un trabajo titulado: "Arboles notables de Colombia", en donde figuren aquellos vegetales que están vinculados a la historia de nuestros grandes hombres, o de algún extranjero notable.

Con tal motivo, espero de usted se sirva informarme los nombres de los árboles que tienen relación con la vida de algún colombiano o extranjero ilustres. Es de desear que del árbol correspondiente se sirva usted remitir una muestra de sus ramas con hojas, flórez y frutos y una fotografía.

Le expreso mis agradecimientos por la atención que Ud. se servirá prestar a esta nota.

Con toda consideración,

Rafael Romero Castañeda

Director del Museo Florestal de
Colombia

Señor Presidente de la Academia.
Presente.

Don Rafael Romero Castañeda, Director del Museo Forestal de Colombia, anexo al Ministerio de Agricultura, solicita un informe sobre los nombres de los árboles que tienen relación con la vida de algunos colombianos o extranjeros ilustres, y al propio tiempo se le remitan especímenes de ramos, hojas, flores y frutas y las respectivas fotografías.

Encomendado al suscrito el estudio de aquella solicitud, considera que se ha errado el camino para ob-

tener dicha información y que la vía más efectiva y directa debió ser la de la Facultad de Ciencias Naturales a cargo del distinguido Decano don Armando Dugand, quien dispone de un herbario nacional de varios miles de plantas donde sería fácil obtener lo que desea el señor Romero.

Sabemos que hay un buen número de plantas cuyos nombres técnicos están vinculados a varios de nuestros compatriotas ilustres y de extranjeros notables; pero muy pocos de aquellos nombres corresponden a árboles sino a hierbas orquídeas, bejucos, rastreras y otras plantas menores. Tal es el caso de géneros como *Bolivaria*, *Restrepia*, *Valenzuelia*, *Pombéa*, *Lozanía*, *Posadaea* etc., algunos de los cuales son hoy obsoletos o desusados, y especies como *Caldasi*, *Cespedesi*, *Dugandi*, *Perezi*, *Arbelaezi*, *Trianae*, etc.

El *Cape Grande*, árbol gigantesco de la región de Muzo y la Palma, al que nuestro naturalista Céspedes dio el nombre de *Santanderia* colocándolo entre las *Anonáceas*, fue más tarde estudiado por Triana, quien lo halló del género *Talauma*, de las *Magnoliáceas* y lo bautizó con el nombre de *Talauma Cespedesii*.

En vista de lo anterior, me permito proponer a la Academia lo siguiente:

Contéstese al señor Director del Museo Forestal de Colombia, don Rafael Romero Castañeda, en respuesta a su Nota de 10 de febrero del presente año, que la Academia conceptúa que la entidad capacitada para dar el informe que en aquella Comunicación se solicita, es la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, que dispone de un copioso Herbario de plantas Colombianas donde puede consultarse fácilmente lo que el Ministerio desea, y transcríbale el presente informe.

Vuestra comisión,

Emilio Robledo

Medellín, marzo de 1949.